

DE LA ORUGA A LA MARIPOSA. PARA SUBIR AL CIELO SE NECESITA UNA ESCALERA GRANDE Y OTRA CHIQUITA

CICLO DE VIDA DEL SER HUMANO: DE LA SOMBRA HABLADA HASTA LA ADOLESCENCIA

Carmen Escallón Góngora*

*Todo niño al nacer asume el haber nacido, el deseo de haber
aparecido en forma humana sobre la tierra, con independencia del
deseo del padre y de la madre*

Françoise Doltó

La vida del ser humano es un continuo transcurrir de nacimientos y muertes, formas diferentes de metamorfosis, paso de la quieta y misteriosa oruga a la extasiante y alada mariposa. Es un ciclo que va desde los orígenes de lo humano, desde el misterioso *homo sapiens* hasta el *homo sapiens sapiens*, mono que adquiere conciencia, capacidad de pensarse, de reconocerse, de comprender su mortalidad.

Ese legado filogenético le proporciona al humano la condición biológica del amor, una condición de vivir en el respeto por la especie y por las que le

* Médica Cirujana y Pediatra de la Universidad de Cartagena. Terapeuta Familiar Sistémica del Instituto Familiar Sistémico Argentino. Estudios en salud mental del niño, la familia y la comunidad en el Instituto de Salud Mental de Trieste Italia. Humanista, Cuentera. Docente de la Universidad de Cartagena. Puericultora. Docente Invitada de la Universidad de Antioquia. Jefa del Departamento de Pediatría de la Facultad de Medicina, Investigadora.

rodean. Tal legado ha sido pisoteado por la cultura muchas veces, siendo posible afirmar hoy que el humano es biológicamente un ser inofensivo, no dotado de incisivos prominentes, ni de garras, pero que aprende muy temprano a ser ofensivo para sus semejantes, atacando con la palabra, con los actos y con el lenguaje corporal, hasta el punto de arrojar material nuclear sobre poblaciones enteras y destruir miles y miles de niños, jóvenes y viejos, por la avaricia y el odio.

El ciclo de vida humano tiene una razón: conservar un planeta vivible y habitable para que siga la vida, un planeta que debe entregar conforme a la manera en que fue recibido un día de sus antecesores, los primates. Es ésta la razón de la vida, pese a que algunos humanos hayan perdido el sentido de la vida y pretendan una vida dolorosa para ellos y los demás de su especie.

El ser humano, desde sus orígenes, recorre un ciclo que lo lleva a convertirse en una mariposa y, para ello, pasa por profundas transformaciones. En esas metamorfosis va desnudándose y adquiriendo pieles cada día. Es así como el cuerpo se constituye en la pizarra donde está escrita la historia; la piel humana está poblada del ciclo vital; allí, en ese tegumento, está inscrita la estación uterina, la infancia, adolescencia y adultez; las ganancias y pérdidas, los encuentros y los desencuentros; los misterios, los asombros, los vacíos, las tristezas, la siembra, la cosecha, los abrazos y los abandonos.

El ser humano posee tantas muertes como nacimientos, va por la vida dejando pieles y ganando sensaciones. Piel nueva que acaricia, que sana, que nutre. No es posible crecer sin crisis y para superarlas y superarlas con fortaleza, es indispensable saberse parte de una familia sana.

Durante el vivir, el ser humano se va encontrando con hechos que le asombran, que le estremecen, que le muestran el carácter sagrado de la vida. Vive momentos que le hacen introducir a su novela familiar un antes y un después. Cada paso de una etapa de la vida a otra es una oportunidad de salvación y sanación natural, algo así como si el propio ser humano tuviese internamente sus posibilidades emancipadoras y salvadoras.

1. EL ÁRBOL PARA LA MARIPOSA

¡Quiéreme para que tenga el coraje de abandonarte!

La familia es determinante para acompañar al ser humano en su tarea de crecimiento y desarrollo. Es como un árbol que debe dar sombra en los momentos en que el sol calcina, debe estar allí con sus ramas abiertas, debe permitir la identidad y la emancipación, tarea ésta que se constituye en una de las principales funciones de la familia.

Existen familias flexibles que posibilitan las funciones mencionadas y las hay rígidas que llegan a encarcelar a sus miembros construyendo jaulas con invisibles barrotes de cristal, o con barrotes de oro ligados al bienestar y la comodidad de los miembros a cambio de retenerlos allí. Estas familias impiden el paso de la oruga a mariposa, conteniendo, como consecuencia, miembros del sistema familiar tristes, sumidos en la desesperanza y el olvido.

La familia colombiana tiene un papel protagónico ante la crisis social de tan alta magnitud que vive: preservar la identidad, lograr en sus hijos raíces que se profundicen en el suelo de la vida y propiciar la adquisición de grandes alas para seguir haciendo sueños y creando vida.

La familia es un sistema en constante transformación, y las transformaciones de cada uno de sus miembros determinan lo que se llama ciclo de vida de la familia. No tiene las mismas necesidades, fortalezas y debilidades una familia en formación con relación a una familia con un hijo escolar o adolescente, o una con su nido vacío. La edad del hijo mayor determina la etapa que está viviendo la familia porque de cierta manera los padres, madres, hijos e hijas “estrenan” comunicación, sensaciones, dificultades, interacción y muchos otros elementos que hacen de cada una de las etapas un momento único y pocas veces repetible.

La familia, desde su inicio hasta la muerte de los padres, madres y abuelos, pasa por las siguientes etapas:

- Etapa inicial de la familia.
- Familia ante la gestación del primer hijo(a).

- Familia con hijo(a) recién nacido.
- Familia con hijo(a) preescolar.
- Familia con hijo(a) escolar.
- Familia con hijo(a) adolescente.
- Familia en plataforma de lanzamiento.
- Familia con nido vacío.
- Familia ante la vejez y la muerte de los padres.

El ser humano, por su parte, vive —desde su aparición en el escenario de la vida hasta la muerte— diferentes etapas y son muchos los caminos que le permiten llegar a ellas; para efectos académicos las señalaremos de una manera secuencial e inexorable, aunque lo que vemos en el vivir es que estas etapas además de estar determinadas por la edad cronológica, lo están por los cambios emocionales, sociales y ecológicos que vive un individuo:

- Estación de la Sombra Hablada.
- Estación de la Oruga o Estación Uterina.
- Estación de la Crisálida o de Fantasía y Juego- Infancia.
- Estación de la Mariposa o Expansión de la Conciencia – Adolescencia.
- Estación de la Danza de la Mariposa o de Intimidad y Fabricación del Nido – Adulthood Temprana.
- Estación de la Protección y Cuidado de las Mariposas y las Orugas - Adulthood Madura.
- Estación de Regreso a la oruga – Adulthood tardía y muerte.

2. LA ORUGA

La sombra hablada y la estación uterina

¿Cuándo empieza la vida? Es una pregunta necia, aunque esto no quiera decir que tal necedad no nos acompañe en este ensayo. La vida es ese espiral que empieza con la estación uterina, pero que bien puede comenzar con el abuelo(a), su muerte y el origen de una nueva vida. Colocar al abuelo al

principio del ciclo o colocar en ese sitio al bebé intrauterino, es sólo cuestión de conveniencia, de llevar un orden en el relato, no tiene importancia en ese *continuo* sagrado y permanente que es la vida.

La estación uterina contiene al ser humano en formación desde antes de la concepción, cuando es “una sombra hablada”, cuando su padre y su madre lo hacen humano con la aparición de sus primerísimas estructuras psíquicas, al soñarlo, al imaginarlo, llamarlo por un nombre, imaginar sus rasgos, sus sonidos, pensarlo habitante de la familia. Allí empieza esta mágica y trascendente estación que, en el momento de la concepción, se vuelve tangible. Unión de dos legados, dos historias, dos biografías contenidas en el óvulo y el espermatozoide, unión de dos huevos que cada minuto aumentan sus células, período llamado embriogénesis.

El medio uterino es decisivo para la formación física y emocional del niño(a). Existe una íntima relación entre el bienestar materno y el bienestar del bebé. Una madre que recibe caricias, que tiene un buen soporte emocional dado por la familia, el grupo de amigos y el sistema laboral, es una madre que tiene mayor posibilidad de acunar a su cría, de brindarle un nido apropiado para que el bebé realice su tarea en las profundidades del nicho uterino.

El útero, más que una cavidad biológica, es una cavidad musical, espiritual, cósmica; en ella el bebé baila durante nueve meses; en esa semi penumbra se comunica con la madre y con el mundo exterior. Allí construye el primer capítulo de su biografía, o tal vez el segundo, siendo el primero la historia de sus padres y abuelos.

En la estación uterina, el bebé adquiere toda una serie de percepciones sensoriales. El tacto se estructura a partir de la séptima semana: desde este momento es capaz de tocar la pista donde ejecuta el baile. La piel, ese órgano sexual y sensorial por excelencia, se forma tempranamente y va recogiendo los múltiples estímulos del medio. La piel del bebé es constantemente masajeadada por el músculo uterino, estrechando de esta manera la relación madre- hijo.

Desde la semana undécima, el bebé es capaz de activar el gusto y el olfato al ingerir el líquido amniótico perfumado y saboreado por los múltiples estímulos maternos. Cuando al líquido amniótico se le agrega una sustancia amarga, el bebé sólo toma un poco (y la ecografía ha permitido ver expresiones de la cara, que muestran su desagrado). Al respecto afirma el profesor Jean Pierre Relier,

(...) la sensorialidad gustativa y sobre todo olfativa, constituye uno de los aspectos fundamentales de la relación madre-hijo durante el embarazo y permite al recién nacido reconstruir mucho más fácilmente su entorno sensorial y afectivo, ya que reconoce el olor de la piel de su madre y el sabor de su leche. De ahí el interés del contacto piel con piel, desde los primeros minutos de la vida extrauterina.

En la semana vigésimo cuarta, el bebé adquiere el que, según los antiguos, es sentido de la sabiduría: el oído; así, la noche uterina deja de ser un lugar silencioso, la voz de la madre emerge como una melodía que lo acompaña hasta el final de la estación. En este momento, el bebé se convierte en un ser capaz de escuchar las vibraciones del cuerpo de la madre, los ruidos cardíacos, los sonidos intestinales, la voz y tantas otras formas de vida que conforman el universo auditivo. Los sonidos exteriores al cuerpo materno se transmiten a través de los órganos resonantes de la madre, como son los huesos. El bebé puede percibir la voz del padre, sobre todo si la madre la escucha con atención y agrado; y si el padre canta y toda la familia aporta sus voces, el bebé tendrá una mayor riqueza sonora.

Durante la estación uterina se construye el yo fetal, algo así como la estructura de todo ese andamiaje llamado ser humano. En el momento en que la madre se comunica con su hijo lo hace humano. Dice al respecto el biólogo Humberto Maturana:

La humanización del homo sapiens sapiens en desarrollo empieza cuando el embarazo comienza a ser un estado deseado por la madre, y ésta se desdobra en su sufrir y reflexión, dando origen en su vientre a un ser que tiene un nombre y un futuro. Esto no ocurre en un momento fijo; no es un fenómeno fisiológico aunque afecte de manera total las fisiologías de la madre y del embrión o feto; es un fenómeno psíquico, esto es, de la vida de relación. Si hay un aborto antes de este momento desaparece un ser vivo, un embrión o feto, pero no un ser humano. Después en cambio se pierde un hijo.

3. LA SALIDA DE LA ORUGA

Pedro

...Que no. Tener ese hijo, es como una maldición, sin padre... Se repite la historia. Que otra madre soltera en la familia, que no, que por amor de Dios, que esto y aquello: repetían las tías y su madre. La joven confundida no hacía otra cosa más que llorar. Desde niña había escuchado la maldición de todas esas mujeres de la casa. La maldición a los hombres que preñaban y se iban. No podía creer que le estuviera ocurriendo a ella. Su tía Emma, una mujer con el dolor colgado en la cara y en todo el cuerpo se enfrentó a ella: ¡No nacerá, no serás tú otra igual a tu madre y a mis hermanas, que no han hecho otra cosa que cargar afrentas! ¡No!

Sofía, se levantó una mañana cálida, una mañana con olor a siembra y a cosecha y se enfrentó a todas: ¡Está decidido, sigo con mi embarazo! Y una tarde de octubre nació. No era niña, como aseguraba la bruja por el tamaño del vientre, los antojos y todo eso. Era un varón, vital, hermoso. Sofía lo llamó Pedro, que significa la primera piedra. Ese chico era la primera piedra de una historia distinta.

El nacimiento y la forma como los seres humanos interactúan en ese momento se constituye en una fiesta sagrada. Los mayas, el día del nacimiento de sus hijos, hacían ceremoniales que involucraban a toda la familia. El nacimiento es el paso desde la vida intrauterina, en la que el ser humano ha ocupado varios meses integrando su cuerpo y su espacio psíquico. Al salir del lecho materno, el bebé debe ser colocado en el pecho desnudo de la madre para que él pueda sentirla, olerla, tocarla y a la vez la madre lo acaricie, lo seque, lo huelga, lo contemple y le ofrezca su leche, excreción de su amor y de su dicha. El encuentro del recién nacido con su madre permite la posibilidad de construir una marca o impronta entre los dos, que nada ni nadie podrá borrar. Los primeros noventa minutos después del parto son decisivos para la formación de ese lazo o impronta que alimenta el vínculo psicoafectivo entre madre e hijo(a). El padre, ese otro ser que acoge a su cría, que le da la bienvenida en la más cálida de las fiestas, debería participar más activamente en el encuentro desde los primerísimos minutos.

Con el nacimiento del primer hijo(a), los padres se estrenan como padres de su cría en la estación extrauterina, suceso que produce una marca en la familia nuclear y en la extensa.

Es la mirada de la madre, mirada cargada de significados, la que convierte al recién nacido en más humano; cada día, al ser observado, tocado, escuchado, el niño(a) se va haciendo y va haciendo a la madre, al padre a los hermanos, tíos, abuelos y a todo el vasto universo de la familia extensa.

Milagro

A veces le habla con palabras que le salen por la boca, otras le salen por el pensamiento, le sonrío, le cuenta lo que está viendo, le habla de los abuelos y de las abuelas, le canta los himnos de la vida, la toca por fuera, acariciando su vientre, la toca por dentro cerrando sus ojos, se detiene en cada promontorio de su cuerpecito. Ya sabe que es una niña, ya le llama por su nombre.

Una noche fresca y tranquila del mes de agosto se producen los dos nacimientos. Valentina nace al mundo después de nueve meses de cómoda y extasiante penumbra. La colocan en el pecho desnudo de su madre, la reconoce, se siente tranquila. La madre le seca entre caricias y contemplaciones, la huele, le habla en susurros, en este mágico y misterioso instante se produce un engrama o lazo entre las dos, que ya nada ni nadie podrá romper. Así permanecen madre e hija sumidas en éxtasis. Ella le ofrece su leche, excreción de su amor, de su dicha, de sus sueños, líquido endulzado con terroncitos de ternura. Así se nacen las dos, porque la madre se nace al ser parida por su hija.

La madre experimenta una serie de emociones después del nacimiento de su hijo(a), algunas, conocidas como *maternity blues*, son cambios emocionales consistentes en tristeza, labilidad emocional, inseguridad, dado por las muchas pérdidas que experimenta la madre al ayudar a nacer a su hijo y nacerse ella como madre. Dentro de las pérdidas está la de su hijo(a) en el útero y las sensaciones uterinas, pérdida de la imagen de hijo(a) que traía, sobre todo cuando el recién llegado no se ajusta a su fantasía en cuanto a sexo, color, etc. Están, por otro lado, la pérdida del rol de madre gestante, pérdida del cuerpo antes de la gestación, generalmente con menos peso, más esbelto y firme. Pérdida de su tiempo libre, arreglo personal, etc.

La madre se ajusta a su bebé de una forma gradual. Este ajuste empieza durante la gestación, pero los verdaderos orígenes se remontan a su novela personal. Las mujeres seguras, sanas, con buen nivel de autonomía, de autoestima, de auto aceptación y altos niveles de conciencia se ajustarán

fácil y rápidamente a su hijo(a) e iniciarán así una historia más armónica y respetuosa para su hijo, para ellas y para el sistema familiar.

La elaboración del vínculo psicoafectivo y la confianza básica son las tareas primordiales en esta etapa. El recién nacido(a) necesita ser acogido, respetado, protegido. Cuando la madre tiene un trastorno que limita la aparición del vínculo —dado, por ejemplo, por sus dificultades en el establecimiento del vínculo con su propia madre, por una depresión materna, o un estado de crisis profunda con pobres recursos familiares, etc. — el bebé entra en un estado de deprivación que puede llegar a desencadenar trastornos en su crecimiento y desarrollo y en su salud física, emocional y social.

La urna de la noche uterina

En Balí y los Mayas, el nacimiento de un niño es marcado por un ritual sagrado que magnifica la memoria de la vida uterina. Inmediatamente después de la expulsión, la placenta, un poco de sangre y el líquido amniótico son depositados en una nuez de coco envuelta en fibras de palma y, se coloca la urna natal de un niño varón a la derecha del portal de entrada de la casa, y la de una niña a la izquierda. Después se seca el cordón umbilical, se lo envuelve en una pequeña gasa y se lo conserva durante toda la vida de este nuevo miembro de la comunidad.

Una vez el nuevo miembro del sistema familiar llega a ocupar su espacio, se producen una serie de sucesos críticos. Al miedo de la madre y del padre por el bienestar de su cría se suman muchas inseguridades con relación a la pareja, a la sexualidad, lo que se constituye en una crisis de dimensiones variables cuya gravedad dependerá de los recursos que tenga el sistema familiar. Los abuelos y abuelas son importantes en este momento: el apoyo que reciben los recién estrenados padres, cuidando de no sobrepasar los límites o fronteras, es de suma importancia.

El recién nacido(a) debe recibir un nombre y un apellido, debe ser presentado a los miembros de la familia y amigos como un recién llegado, hay que darle un sitio y es con la palabra que se crea ese sitio. Esto es importante para dar cabida al recién llegado en el espacio físico y psíquico de la familia.

El período de recién nacido dura treinta días. Tienen, tanto el recién nacido(a) como el sistema familiar, ante el nacimiento de un hijo, características propias. El recién nacido llega en flexión de su cuerpo, es la preparación para ir abriéndose al mundo de acontecimientos, es el capullo que se abre paulatinamente. Come frecuentemente, duerme la mayor parte del tiempo y su forma de comunicación fundamental es el llanto. Cada tipo de llanto es leído adecuadamente por una madre y un padre tranquilos, conectados con su hijo. Cuando tiene miedo o está incómodo, lo calman los mismos arrullos y movimientos que sentía en útero. El recién nacido(a) y la madre constituyen una díada estrecha, de tal manera que la madre actúa como el componente psíquico y el bebé como el somático.

Una madre intranquila, con un dilema no decible, tomará a su bebé como parlante de sus agobios. Por ello, el cólico del lactante —que se inicia muchas veces al final del período de recién nacido, y se prolonga hasta el tercer mes—, es considerado una expresión somática (del cuerpo) del niño, ante una molestia emocional de la madre.

Es la época de las lámparas encendidas, el ciclo de la casa transcurre al revés como si la familia no tuviera día y noche y esto tiene que ver con las necesidades del recién nacido(a). El bebé come cada dos o tres horas, no tiene un ritmo biológico que diferencie el día de la noche. Época de las ollas quemadas, de las estufas prendidas, de las “no he tenido tiempo de darme un baño”, o “come y llora todo el día”. Época de ciertas distancias en la relación conyugal y de muchas inseguridades en la pareja. Época interesante para que los padres revisen su propio nacimiento, su prehistoria, teniendo en cuenta que la llegada de los hijos(as) es una oportunidad que la vida depara para redescubrirse, para sanarse, para reconciliarse con sus respectivos padres, madres y con la vida misma.

Es necesario trabajar toda la vida en las interminables metamorfosis, pasar de oruga a mariposa constantemente. Los abuelos y abuelas se entrenan como abuelos y asisten a la segunda oportunidad que da la vida para reparar y repararse.

Los nuevos abuelos(as) son presa de una emoción también nueva, desconocida anteriormente: una mezcla de protección, de desconcierto, de

responsabilidad, de ternura al contemplar a su nieto. Por otro lado, evidencian su propio envejecimiento y su inmortalidad. El nieto es una huella firme, más profunda, una certeza de que al morir ya son eternos porque seguirán viviendo en los hijos, hijas y en los hijos e hijas de los hijos. La abuelidad es una función de las más entrañables y míticas. El abuelo salva, protege y, las más de las veces cría a su nieto(a) con fortalezas que no tuvo durante la crianza de sus propios hijos(as).

4. LA CRISÁLIDA Y SUS DANZAS

El lactante menor y mayor

La lactancia es la época conocida como primera infancia y va desde los treinta días hasta los veinticuatro meses. El primer año de vida es la época de máximo crecimiento; el bebé triplica su peso en doce meses; adquiere, poco a poco, habilidades en su desarrollo psicomotor; al tercer mes, después de sostener la cabeza, es capaz de poseer sonrisa social y, con ella, desaparecen los cólicos del lactante. El mirar y encontrarse con otros seres en el lenguaje es una forma de escapar de la diada que lo había aprisionado durante los primeros meses. La lactancia es una manera de adquirir confianza básica y estructurar el apego.

Freud expone la teoría del apego cuando habla de la importancia del vínculo madre – hijo y los efectos de la separación. Bowlby propuso, en cambio, que el apego es algo primario y el bebé se encuentra preparado para manifestar desde el nacimiento conductas de apego que buscan establecer un vínculo firme con la madre. Las funciones que cumple el apego son las de protección y seguridad. El bebé desarrolla conductas de apego como son la succión, el abrazo, el llanto, la sonrisa y la tendencia a prenderse de algo.

El apego se inicia en la vida intrauterina y se va desarrollando durante los primeros años de vida y es el resultado de las características de la relación madre- hijo(a) vivida en las interacciones repetidas en la cotidianidad. Los patrones de apego se hacen más estables alrededor de los dieciocho meses de edad.

El lactante se desarrolla en un sentido céfalo-caudal. Primero sostiene la cabeza y finalmente deambula. La aparición del lenguaje verbal es uno de los logros más significativos en esta etapa. Muchos niños(as) presentan agresividad y conductas bizarras que corrigen con la aparición del lenguaje inteligible. Obviamente, comunicarse y poder expresar sentimientos y deseos en palabras son actos liberadores y propositivos muy importantes para el ser humano.

Es la época del tocar, lo cual es una forma de explorar el mundo, de diferenciar las texturas, la temperatura, las dimensiones. La mano y con ella el tacto, son el órgano y el sentido más universales, porque un niño(a) puede no oír, no ver, no escuchar, pero posee tacto. Tocar es una forma de adquirir sensorialidad, es una conducta sexual temprana. Es una manera de realizar el sagrado reconocimiento del universo.

Época de las angustias por la conservación física, los logros motores, los accidentes, los cuerpos extraños en la boca, las ausencias de los padres y la angustia de separación. No faltan las expresiones “parece un pollo, caminando todo el día”, “todo se lo lleva a la boca”, “está roto el presupuesto con tantos pañales”. En esta etapa finaliza, la mayoría de las veces, la lactancia. El niño, al finalizar la lactancia, ha vivido la etapa oral descrita por Freud y empieza la etapa anal.

El control de esfínteres empieza a ser una preocupación para los padres. Los niños controlan el esfínter anal sólo cuando tienen una buena destreza en la mano, así que ésta es época es de cambiar pañales de día y de noche. Al finalizar la lactancia, el niño deambula, empieza a subir escalas, es capaz de agarrar un botón con el dedo pulgar e índice (pinza superior), la motricidad gruesa está bastante madura y empieza a desarrollar la motilidad fina.

Aparecen preocupaciones que tienen que ver con la salida de la habitación de los padres, el ingreso al jardín, la succión del lugar.

Sigue subiendo la escalera al cielo: el preescolar y escolar, ya casi mariposa.

La pre escolaridad se inicia a los veinticuatro meses y termina alrededor de los cinco años. En esta etapa, el niño(a) disminuye su ritmo de cre-

cimiento físico. Es la época de la adquisición de autonomía. Pequeña adolescencia, donde el infante quiere hacerlo todo por sí mismo; es un científico capaz de descubrir el peso y el concepto de masa y espacio a través del juego. El juego es el principal alimento de la infancia. Pensamiento mágico analógico, animista, egocéntrico. Aventuras, duendes, amigos invisibles, cometas, lectura de cuentos, lucha por el control de esfínteres. Se controla el esfínter anal y muchos niños controlan el vesical nocturno alrededor de los seis años. Los preescolares comen poco por múltiples razones de orden físico, mental, emocional y social.

La pareja tiene más tiempo para sí misma al disminuir los cuidados del bebé y aumentar la seguridad de los padres y el reconocimiento por las propias necesidades, con lo que se recupera la conyugalidad. El “pequeño adolescente” va a la escuela, lo cual somete a la familia a una de las crisis más importantes de la vida familiar: exponer el producto (hijo e hija) a la socialización secundaria, la escuela. De tal manera, el sistema escolar es determinante en esta etapa de la crianza. Aparecen las levantadas temprano, reuniones escolares, ayuda en las tareas de la tarde.

Muchos padres se preocupan excesivamente por el desempeño y las tareas que corresponden a los hijos, encadenándose una vez más, como lo hicieron en etapas anteriores.

El preescolar imita aceleradamente a los padres, se identifica con ellos. Las niñas se visten como la mamá, se maquillan como ella; el niño lo hace con el padre, maestro, tíos; juegan roles parecidos a estas figuras con las cuales se identifican. La conducta de apego se fortalece. Aparecen los monstruos en el armario, los terrores nocturnos. Los cuentos en la cama.

La escalera continúa con la segunda infancia: la escolaridad

Época de industria e iniciativa. El niño es un verdadero líder. Aparecen los juegos al aire libre, las destrezas motoras finas se desarrollan. El científico es una mezcla de fantasía y pensamiento lógico. Es tranquilo y juega casi todo el tiempo. Los amigos del mismo sexo son los preferidos. Hay miedo por el sexo contrario, lo que corresponde a la etapa de latencia descrita por Freud.

No hay gran preocupación por la apariencia física, el atractivo mayor es el descubrimiento del mundo, lo nuevo. Época de misterios, de adivinanzas, de cine, del trompo y la lagartija en el bolsillo, de una gran escolaridad, de poesías, de vigiliadas. Épocas de paseos al aire libre, de ver cine, de rosquillas, chocolates y palomitas de maíz.

La escuela reviste una gran importancia. Es un pequeño científico. Hay gran tranquilidad en el sistema familiar, tal vez como una forma de prepararse para la etapa siguiente: la salida de la mariposa.

La mariposa: el adolescente

A todos en algún momento, se nos ha revelado nuestra existencia como algo particular, intransferible y precioso. Casi siempre esta revelación se sitúa en la adolescencia. El descubrimiento de nosotros se manifiesta como un sabernos solos; entre el mundo y nosotros se abre una impalpable, transparente muralla: la de nuestra conciencia. Es cierto que apenas nacemos nos sentimos solos; pero los niños y adultos pueden trascender su soledad y olvidarse de sí mismos a través de juego o trabajo. En cambio, el adolescente, vacilante entre la infancia y la juventud, queda suspenso un instante ante la infinita riqueza del mundo.

Octavio Paz

La palabra adolescente deriva del vocablo *adolescere*, que significa crecer. Es un estado mental, más que una etapa cronológica. Es el momento de la vida en la que el individuo coloca en una balanza todo lo que trae de su viaje a través de la infancia, sus recursos, sus fortalezas, para entonces cumplir una de las metas más difíciles del humano: lograr una posición en el universo, desde sí mismo (identidad).

El adolescente vive una serie de transformaciones que algunos autores han llamado síndrome normal del adolescente. Tales características son ciertamente normales pero, por sus dimensiones tan fuertes en comparación con lo que vivía el escolar, parecerían disfuncionales. Es normal que el adolescente presente:

- *Separación progresiva de los padres*
- *Tendencia grupal*

- *Necesidad de intelectualizar el mundo*
- *Conducta contradictoria*
- *Crisis religiosa*
- *Evolución sexual*
- *Búsqueda de identidad*
- *Capacidad resiliente*
- *Desubicación temporal*
- *Labilidad del humor y del estado de ánimo*
- *Actitud social reivindicativa*

La presencia de los padres se hace mucho menos necesaria. Ahora, la separación de éstos no sólo es posible, sino casi imperiosa. La figura de los padres ya está incorporada a la personalidad del adolescente y éste puede comenzar su proceso de individualización, de separación, de salida de la crisálida. Necesita separarse de los padres para poder romper con la identidad del escolar, necesita nacerse a los padres y madres. Debe prepararse para su segundo nacimiento: el nacimiento al útero familiar que lo contuvo hasta entonces.

...por mucho que me siento a pensar, no sé ni quién soy. A veces me siento ridículo con lo que hago, en otros momentos me siento un poco más seguro de mí mismo.

Muchacho de dieciséis años

Los amigos(as) son necesarios para probar las identidades transitorias que va adquiriendo. El grupo de amigos es una fuerza que lo ayuda a nacer, le sirve como recurso para manejar sus duelos, sus alegrías, sus confusiones. Con los amigos se siente poderoso, esconde su inseguridad (es más fácil cuando es con el grupo que cuando debe enfrentar cierta situación solo(a)).

El grupo le perdona sus incertidumbres, sus desaciertos, sus mentiras, sus exageraciones. El grupo lo devuelve, lo alimenta. Allí teje sus fantasías. La uniformidad del grupo es una defensa contra esa necesidad de ser único(a). El grupo es una estación intermedia entre la identificación que

trae con los padres y la que obtendrá con él mismo; temporalmente, el grupo le permite identificarse con el líder y con cada uno de los integrantes. Muchas veces la identificación con el grupo es tan fuerte que produce cierto recelo y temor en los adultos significativos y parecería que no la va a poder romper en la adolescencia tardía.

Los amigos desempeñan un papel definitivo en el desarrollo psicológico y social de la mayoría de los adolescentes. Los(as) adolescentes dependen más de las relaciones establecidas con sus compañeros, porque los vínculos con sus padres se vuelven cada vez más elásticos a medida que necesitan mayor independencia. Le sirve todo el legado que trae de su infancia y recuerda que a la adolescencia no se llega en paracaídas, sino a través de un carril llamado infancia.

En el grupo de amigos se tejen sueños y esperanzas, hay lealtad y se realizan muchas actividades compartidas. Los amigos constituyen una fuente de apoyo en cualquier crisis emocional.

...yo a veces creo que quiere más a los amigos que a nosotros.

Madre de un adolescente de quince años

...mis amigos son muy importantes, me da una rabia muy grande cuando mis papás los critican.

Adolescente de catorce años

El pensamiento adolescente pasa de ser concreto, mágico, analógico, a un pensamiento abstracto y lógico. Este cambio en el pensamiento le produce una mirada distinta hacia el mundo. Necesita hacer un “por qué” distinto al que usó en la preescolaridad, este “por qué” es más abstracto. La carga de angustia que provoca la identidad inestable obliga al adolescente a buscar un refugio en su interior, lo que se traduce en un incremento de trascendencia y necesidad de intelectualizar el mundo. Surgen entonces las grandes teorías filosóficas, los movimientos sociales, los grupos juveniles y sociales. Es en este espacio cuando el adolescente empieza a escribir versos, ensayos, cartas de amor. La intelectualidad le permite sentirse seguro con relación a sus emociones, para las cuales encuentra una explicación racional que le pro-

porciona cierto control a sus profundas y frecuentes crisis.

...ya no soporto al profesor Díaz, él habla todo el tiempo y quiere que nosotros traguemos entero, cuando le hacemos una pregunta se pone verde de la rabia y hasta me echó del salón.

Adolescente de quince años

...me da una rabia y una ansiedad con Lucas, él quiere que le expliquemos todo, es como si tuviéramos en casa a un verdugo.

Madre de Lucas, un chico de dieciséis años

Existe en los adolescentes una fuerte crisis religiosa. Esta crisis va desde el ateísmo extremo hasta el misticismo religioso. El muchacho se cuestiona y se piensa desde sus orígenes. Es un investigador de su existencia. Busca un dios en la iglesia y fuera de ella. Cuestiona lo convencional, es un observador de las conductas religiosas y humanas de los sacerdotes y de los representantes de las iglesias. Esta crisis le permite involucrarse en grupos religiosos o desertar de ellos. Muchos padres miran esta crisis con ojos de miedo, de dolor y desesperanza.

...yo siento que no conozco a mi hija, es extraño, de ser una niña que no faltaba un solo domingo a la iglesia, ahora habla y reniega de los sacerdotes y hasta de mí. Madre de una chica de quince años.

...es innegable que algo me pasa, pero una de las cosas que me gustaría saber es dónde está Dios.

Un muchacho de dieciséis años

Los adolescentes se levantan “amargados”, con un estado de ánimo muy bajo, una llamada telefónica con una noticia buena es capaz de sacarlos de la melancolía y elevarlos a estados de euforia. Ríen y lloran con facilidad y a veces el tono afectivo es incómodo ante los ojos de los adultos que lo miran con desconfianza e incomprensión.

Los múltiples duelos que debe enfrentar el adolescente —dadas las muchas pérdidas que padece (duelo por la pérdida del cuerpo de niño, del rol de niño, del pensamiento de niño, de los padres del niño, del mundo del niño, etc.)— lo llevan a estados de verdadera depresión, y apenas logra

equilibrarse por los muchos logros que al mismo tiempo va obteniendo de su cuerpo, de su pensamiento, de su familia y de su entorno social.

...me desconcierta su estado de ánimo, todo el tiempo está de mal humor, casi no le podemos hablar. Lo más raro es que de un momento a otro se vuelve un muchacho risueño. Son cosas contradictorias.

Padre de un chico de catorce años

...sí, paso con mal genio buena parte del día, a veces siento que me fastidian mis padres.

Muchacho de trece años

Son unos verdaderos “Robin Hood”, tienden a proteger a los desvalidos. Les molesta el trato injusto. Son idealistas, soñadores, desean un mundo justo y equilibrado y esto choca con ciertas actitudes injustas identificadas, sobre todo, en los adultos que no los entienden.

“...nos da rabia, el viejo de la esquina, le echa agua a la terraza para que no nos sentemos, así que la otra tarde le pegamos un chicle al timbre y corrimos...”.

Adolescente de quince años.

“...me insultó porque le dije a la empleada “no sea india”, me habló toda la tarde sobre la equidad y los derechos humanos”.

Madre de una adolescente de dieciséis años

“...de las cosas que me resultan insoportables es el tener que darle explicaciones, sobretodo cuando usa ese tonito, cuestionándome todo el tiempo”.

Padre de un adolescente de catorce años

Terminamos este conversatorio con broche de café: Un bello cuento que permite el acercamiento a los y las jóvenes, distancia del dolor y provee mucha fuerza para poseer esas cualidades mágicas necesarias para abordarlos y acompañarlos: confianza, paciencia, asertividad, respeto, acompañamiento, no juicio, confidencialidad y mucho amor.

5. LA MARIPOSA

Un hombre encontró el capullo de una mariposa y se lo llevó a casa para

poder verla cuando saliera. Un día vio que había un pequeño orificio y entonces se asomó a observar por varias horas la mariposa que luchaba por poder salir del capullo.

El hombre vio el duro forcejeo del pequeño ser para poder sacar su cuerpo a través del orificio en el capullo, hasta que llegó un momento en el que pareció haber cesado pues, aparentemente, no progresaba en su intento. Pareció que se había atascado. Entonces, el hombre, en su bondad, decidió ayudar a la mariposa y con una pequeña tijera cortó al lado del orificio del capullo para hacerlo más grande y así fue que, por fin, la mariposa pudo salir.

Sin embargo, la mariposa tenía el cuerpo muy hinchado y unas alas pequeñas y dobladas.

El hombre continuó observando, pues esperaba que en cualquier instante las alas se desdoblarían y crecerían lo suficiente para soportar el cuerpo, el cual se contraería al reducir lo hinchado que estaba. Ninguna de las dos situaciones sucedieron y la mariposa solamente podía arrastrarse en círculos con su cuerpecito hinchado y sus alas dobladas...Nunca pudo llegar a volar.

Lo que el hombre, en su bondad y apuro, no entendió fue que la restricción de la apertura del capullo y la lucha requerida por la mariposa para salir por el diminuto agujero, eran la forma en que la naturaleza forzaba fluidos del cuerpo de la mariposa hacia sus alas, para que se formasen largos y fuertes y luego pudiese volar.

Libertad y vuelo solamente podrán llegar luego de la lucha. Al privar a la mariposa de la lucha, también le fue privada su libertad.

Y colorín, colorado, este cuento se ha terminado.